



Tonilo despecto

1

sin querer dar a entender  
delante y afirmando fíat,  
porque si había algo que  
formaba una línea de  
estuvo en sí por un  
que la detallaba  
lamentables sucesos en  
había involucrado no  
mejor que tan ingenuo  
con ello (fuera eso por  
paralelos y bien rectos  
sacaba de quicio a doña  
cuando, manera que  
momento dudando de  
permeabilidad de los  
que el señor Cienfuegos se  
fuera — a criterio de su  
se sentía de haberlo  
introdujo dentro y a puerta cerrada de los más celebrados (aunque sin  
hulla exagerada ni, por supuesto, haciendo garritos millicilo ni  
medicinas) cálices de la élita — a estar ofrecido estrechamente a la  
verdad de unos hechos que, al paso que íbamos (el reloj de la sala  
terminaba de marcar tan puntual como solía los 5:27 P.M.), ya se veía si  
llegaba a ser consumado por, al menos, la cocinera del padre y más  
señor de la suñera de la del tercero o, en su defecto — posibilidad que  
no debía en modo alguno dejar de contemplarse pues que ella misma,  
primera, había estado repido con don Andrés, al zaparrado de la  
propiedad —, la memo de las sobrinas del conde de agustas,  
bastante más feche que sus hermanas pero, también, la que de me-  
vista gozaba para llevar adelante una labor tan fina como lo era la de sacar  
punta a algo que, saltaba a la vista, no admitía más vuelta de hoja que la  
de entrar por el ano de alguien a que las cosas ya no iban a ser nuevas  
como lo habían sido hasta fecha inmediatamente anterior a que la  
freidora de las de Corfido desapareciera<sup>5</sup> sin dejar más huella que aquí  
se pensara desisto a burlamenta que nunca la abandonaré.

<sup>5</sup> La primera hora de la mañana de un jueves de primavera portabó, tan ido y como  
sabe alguien de lo que amonesta el cuadro paraba a cuando había el apelo  
fizo a lo largo de una vida que abra — a la sueta de la espura por lo que cobije de  
forma un tanto imprecisa de hecho. De no, en la sueta de la espura por lo que cobije de  
contemplaba con una nostalgia que en sus tiempos en los que así se por ser alguien  
de unido más importante a lo que amonesta no había podido que había nunca a  
ocurrir un momento en su corazón.

de María Eulalia, la del séptimo, que cuando tras dejarle la casa literalmente patas arriba regresaba tan satisfecho del deber cumplido diciendo que Clotilde, la cocinera de don Atiliano, andaba retrasada {por culpa de un hojaldre para volovanes en los que no andaba muy ducha — y no debía descartarse, por tanto, advertiría a la concurrencia, que fuera sustituida por una de las sobrinas del tenedor de los libros del señor Pedreras —} pero omitiendo, astuto, la más mínima alusión a cuánto la del séptimo había protestado { y cuántas amenazas había proferido contra su persona poniendo, incluso, a Dios por testigo de que nunca más consentiría en que pusiera sus zarpas, “¡pedazo de Adán!”, en los cajones de su cómoda ni en sus mantelerías.

— ¿Y qué quieres que haga yo, María Eulalia, si he de cumplir el cruel destino que me deparó mi suerte? — se excusaba.}, hubo, aun no queriéndolo, de renunciar a un discurso que llevaba tan bien preparado y — repárese en el detalle — a tres colores, por causa de tener que elegir entre seguir imperturbable su camino o detenerse — perturbado — a forcejear contra una Voluntad {no férrea del todo pero sí muy cabezona que, de repente y por sorpresa, le salió al paso al doblar una esquina espetándole sin contemplaciones “¡soy tuya!” y que, por tanto y sin desear en absoluto ella que pudiera sentirse acosado frente a declaración tan vehemente, lo invitaba a ir a la casa suya y, allí, tranquilamente, recapacitar juntos acerca de unos planes que si por causa de su intervención — “y conste que no quiero asustarte”, le dijo — se consumaban lo condenarían a de por vida tener que hacerse cargo y proveer de alimento y vestido a toda una patulea de resultados, quién sabía si no tremendamente engorrosos de encontrar, inherentes o consustanciales a “esa — y torció la Voluntad el gesto con disgusto — criatura tan dependiente y expuesta al capricho de flujos sometidos a muy diversas presiones”} que, si en verdad se creía tan suya como venía de proclamarse, no iba a dejarse arrinconar sin ofrecer resistencia y, por no andar perdiendo tiempo y energías, más le iba a valer escucharla.

– ¿Qué piensas tú, Voluntad mía — le preguntó resignado—, que debo hacer ante semejante disyuntiva?

– Pues tú verás — replicó ella —, que no quiero ser una Voluntad dominantona; pero yo que tú y ya que estás aunque sin saber por qué ni cómo en la oca de agua de los ángeles, que no es como comprenderás moco de pavo, aprovecharía para sin demora ahuecar el ala.

Porque, le explicó, la susodicha o de Bernoulli, en el 35, venía “lo sé yo de buena tinta” — dijo — pisándole los talones.

